PEGASO

REVISTA MENSUAL — MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Marzo de 1922. — N.° 45 — Año VII.

A PROPÓSITO DE LA HUELGA ESTUDIANTIL

Leemos en la "Revista España" del 28 de febrero: "Como es sabido, la Universidad nace y se desenvuelve en dos formas diametralmente opuestas. Una cristaliza en el tipo originario de la Universidad de Bolonia, que se repite, con accesorias alteraciones locales, en Oxford, Cambridge y otras Universidades inglesas; es la Universidad como colegio, como agrupación de estudiantes que al principio se constituye con fines de economía y que acaba nombrando sus propios profesores y dominando en toda la vida universitaria; es el estudiante dirigiendo en la propia Universidad, una democracia estudiantil que elige su propia aristocracia, su profesorado. La otra forma aparece encarnada en la Universidad de París y más tarde en casi todas las de Europa: es la Universidad autoritaria, regida y dominada por el profesorado, que trata al estudiante, no como un mandatario, sino como un aprendiz, sin personalidad electiva ni directa; es la Universidad española."

Es, indudablemente, también la Universidad nuestra.

Este tipo de Universidad hace solamente técnicos, más o menos buenos o malos. Y como no hace más que esto, se concibe que sus directores luchen para res-

tringir su formación por todos los medios disciplinarios a su alcance.

Pero realmente esta concepción de la Universidad es bien mezquina y está bien en pugna con el sentir y el pensar contemporáneos.

Es indudable que la enseñanza debe—desde la extrema niñez hasta la juventud, la edad adulta y siempre—tratar de servir los intereses superiores de la vida de todos. Si quiere llenar su objeto tendrá que ser compleja y orientarse en el sentido del perfeccionamiento integral — físico, higiénico, moral e intelectual—de cada uno de los hombres.

Desde el hogar hasta el jardín de infantes, la escuela primaria, la secundaria y la superior, toda la enseñanza debe estar orientada en el mismo sentido y de tal modo, que cada uno de los que aprenden, aprenda bien y justamente lo que necesita para el mejor desempeño de su vida. El colegio debe educar a cada unidad diferentemente y para la vida, y no a todos uniformemente, y para tales o cuales profesiones determinadas de antemano. Debe partir de la base de que la educación debe tratar de perfeccionar a todos los hombres por igual y de que este perfeccionamiento debe ser diferente para cada uno, según sus modalidades y tendencias.

De acuerdo con este criterio, que es un criterio fisiológico y, como tal, incontrovertible, en la base — jardín de infantes, escuela primaria y secundaria — la enseñanza deberá ser integral y tratar de formar y desarrollar en la mejor forma posible, para cada unidad, en su físico (enseñanza física), su mentalidad (enseñanza intelectual e higiénica), y su modalidad (enseñanza moral, carácter).

Sobre esta base general, surge luego la especialización de la enseñanza, según las vocaciones individuales, escuelas profesionales (y entiendo por tal, no sólo las que abarcan a las profesiones llamadas liberales, sino cualquier profesión o arte manual), industriales, agrícolas, etc., y, en fin, las escuelas culturales, de altos estudios.

Concíbese que, dentro de esta orientación del criterio de la enseñanza, orientación netamente fisiológica y que responde a las necesidades verdaderas de la especie, los más interesados en su propio perfeccionamiento serán los educandos mismos, por lo que cada uno de estos colegios (Universidad de altos estudios, escuelas profesionales, etc.), deberá ser un modelo de organización democrática, que responda al tipo originario de la Universidad de Bolonia: asociación de estudiantes que eligen y nombran a sus propios profesores para el mejor logro de sus fines educativos.

Pero es evidente que, para llegar a este tipo de Universidad, y a esta concepción de las normas generales de la enseñanza, mucho es el camino que hay que andar aún entre nosotros, y larga la distancia a recorrer — por lo cual la huelga de estudiantes actual, que pugna por estos postulados y por estas soluciones de libertad y de justicia, merece nuestras mejores simpatías — esto sin abrir juicio, naturalmente, sobre detalles de táctica o de lucha que desconocemos en absoluto.

ALBERTO BRIGNOLE.

LAURELES VIEJOS

POEMA DRAMATICO EN UN ACTO

PERSONAJES: *Alda, Turpedia, Romualdo, Gerardo*

ACTO UNICO. — Escena: sala de un castillo medioeval

ESCENA I. — *Alda. Turpedia.* — (Al levantarse el telón, Alda está sola en escena, recostada lánguidamente en un sillón señorial, con muestras de hastío. A lo lejos suenan trompas de caza, que se acercan poco a poco).

Turpedia (entrando).—*¡Señora! ¡Señora!*

Alda.—*¿Quién así me llama?*

Turpedia (con extrañeza).—*¿No oyes los cuernos de caza, señora?*

Alda.—*Los oigo, Turpedia...*

Turpedia.—*Entonces, mi ama — ¿cómo no has volado al puente, sin demora?*

Alda.—*¿Volar hasta el puente?... Hoy no siento humor...*

Turpedia (con solicitud). — *¿Acaso estás mala?*

Alda.—*No tal.*

Turpedia.—*Pues me admira,—que mi ama no vuele en pos de su señor,—como siempre ha volado al oir el rumor—de su cuerno lejano... ¡Qué! ¿Mi ama suspira?*

Alda.—*Déjame, Turpedia, déjame... No es nada...*

Turpedia. — *¿Dejarte, mi ama, sin saber ahora—qué pena te aflige? ¿Quedarme callada?—¡No fuera Turpedia la que ves, señora!—¿El amo te olvida?*

Alda.—*¡Oh, no! Nunca olvida,—a ésta su esclava; a ésta, su esposa...—Mi amor es su amor; mi vida, su vida...—No, no has acertado, Turpedia... Es otra cosa...*

Turpedia. — *Perdona, señora, si esta indiscreta dueña,—hurga entre tus secretos la causa escondida; —perdona, señora, si en hallar se empeña—la gota de acíbar que cayó en tu vida...—¿Cómo no inquietarme, si siempre te vi—volar hacia el puente, plena de contento,—apenas oías llegar hasta ti—los toques lejanos en alas del viento?*

Alda.—*Déjame, Turpedia; ni yo me comprendo, — ni tú, con tus canas, me comprenderías...—¡Le amo! ¡Me ama! ¿Qué más, Dios, pretendo?—Déjame, Turpedia; son locuras mías...*

Turpedia. — *Cuéntame, señora; cuéntame tu pena; puede que esta vieja de cabeza cana,—conozca un remedio, una hierba buena,—y pronto te cure con una tizana.*

Alda.—*Pues bien, Turpedia, lo diré... Me hastía, —ver cómo discurre su vida entre halcones,—entre sus monteros, entre su jauría,—lanzando venablos, esgrimiendo harpones...—¡Ay, cómo me apena verlo entre lebreles,—entre sus azores, entre sus mastines,—y olvidar la gloria de sus mil laureles,—y olvidar la espada de los paladines!—¡Ay, si yo volaba, Turpedia, hasta el puente,—apenas oía llegar el rumor—del cuerno lejano, era solamente—porque recordaba cuando mi señor,—cubierto de gloria, de sangre, de tierra,—entre sus guerreros y sus gonfalones, — tornaba a mis brazos de lejana guerra, — donde le aclamaran campeón de campeones!—En los cuernos de caza esta dulce ilusión—encontró su sostén, encon-*

tró su alimento,—mas ya no puede más beber el corazón,—en las fuentes del viento...

Turpedia (con sorpresa, después de correr hacia la ventana). — *¡Señora, ya está aquí nuestro señor!—Ya se apea. Ya mira en su redor,—admirado, tal vez, de no encontrarte.—Corre. Viene hacia aquí. Voy a dejarte;—y vuelo a preparar una tizana—que para el caso me enseñó una anciana.* (Sale Turpedia).

Escena II.—*Alda, Romualdo.*—Romualdo (entrando inquieto).—*¿Te sientes mal, Alda mía?*

Alda.—*Un poquito, mi señor...*

Romualdo.—*¡Ay, esposa, lo temía!*

Alda.—*Mas ya me siento mejor...*

Romualdo.—*¡No es grande el mal, felizmente!*

Alda.—*Ya no, señor; ha pasado...*

Romualdo.—*¡Qué inquietud me ha acongojado,—al no encontrarte en el puente!—Es esta la vez primera —que en ese puesto de amor,—tras una ausencia cualquiera — no te encuentra tu señor.—¿Cómo inquietarme no había;—cómo no temer un mal,—si de lejos no veía—tu leve y blanco cendal?—No prestaba fe a mis ojos,—y creyendo en su traición,—los frotaba con enojos,—mas era vana intención:—Alda, la que siempre espera—en el puente no esperaba...—y me lancé a la carrera,—y aunque mi corcel volaba,—por los hierros apremiado; — a mis ojos, Alda mía, — estaba siempre parado;—¡el corcel no se movía!*

Alda.—*Perdóname, mi señor,—si esta ocasión ha faltado—tu esposa; doble dolor—ha sufrido: el malhadado—del mal que me retenía—sentada en este sitial,—y el dolor que más sentía; — más grande que el de mi mal,—dolor de no haber volado—al puente apenas oí—el son de tu cuerno amado...—¡Ay, señor, cuánto sufrí!*

Romualdo.—*Lo adivino, esposa mía; — harto debió ser el mal,—que te clavó en tu sitial,—sabiendo que yo volvía...*

Alda (poniendo atención a un sonido lejano).—*¡Calla, señor!* (Pausa) *¿No has oído?*

Romualdo.—*No.*

Alda.—*Pues escucha.*

Romualdo (esforzándose por oir). — *Es en vano.*

Alda.—*Sin embargo, aunque lejano, — llega muy claro el sonido.—¡Escucha!*

Romualdo. (Después de un nuevo esfuerzo).—*Sigo no oyendo.*

Alda.—*Pues es bien distinto el son.*

Romualdo.—*¿No estarás, esposa, siendo — juguete de una ilusión?*

Alda.—*No, mi señor; a este lado—resuenan cuernos de guerra.* (Desde la ventana).—*Ven. Mira si me he engañado:—¿no ves la nube de tierra?*

Romualdo.—*¿Adónde?*

Alda. (Señalando).—*Sigue mi dedo...*

Romualdo.—*Tampoco acierto a ver nada.*

Alda.—*Pues señor; yo casi puedo—contar toda la mesnada.*

Romualdo.—*¡Ya no sé qué admirar yo, — si tus ojos o tu oído!*

Alda.—*A ver y a oir me enseñó—un maestro que he tenido...*

Romualdo. (Con extrañeza). — *¿Un maestro, esposa mía?*

Alda.—*Un maestro, mi señor,—que en tus ausencias venía—desde el país de mi amor... — Jamás faltó. Me enseñaba—a ser siempre la primera — en oir, si resonaba—tu cornamusa guerrera;—y me enseñaba a tener,—mirando la lejanía,—ojos de halcón, para ver—cuando mi señor volvía...— Mira. ¿No los ves ahora?*

Romualdo.—*¡Cierto es! ¡Se ven allá!—Recién mi vista avizora—lo que tu vista vió ya!* (Suena un cuerno lejano).—*¡También oigo el cuerdo aquel!—Me pasmas de admiración!—¡Si tienes ojos de halcón,—es*

tu oído de lebrel! (Observando).—*Si mi vista no me miente,—se dirigen hacia aquí. — ¿He acertado, esposa?*

Alda.—*Sí.*

Escena III.—Dichos. Después el Heraldo.

Romualdo. — *¿Quién podrá ser esa gente?* (Alda suspira, y va a sentarse, llena de tristeza).—*Esposa, ¿te sientes mal,—otra vez?*

Alda.—*No, mi señor.*

Romualdo.—*¿Por qué has vuelto a tu sitial,—como presa de un dolor?*

Alda.—*Nada siento...*

Romualdo.—*¡Has suspirado!*

Alda.—*Un suspiro es un resüello — a veces; por de contado—no paré mientes en ello.*

Romualdo.—*Tú me ocultas algo, esposa...*

Alda.—*Señor...*

Romualdo.—*Te cierras a mí,—reservada y misteriosa.—¿Por qué? Lo ignoro. Mas sí,—seguro estoy que un secreto—se agita en tu corazón...*

Alda.—*No, señor...*

Romualdo.—*Y es tan inquieto, — que te está haciendo traición.*

Alda.—*¡Ay, señor, qué ingratitud!—¿Tengo derecho a estar triste?*

Romualdo.—*¿Triste, dices? En virtud, un mal, una pena existe...*

Alda.—*¿Una pena? ¿Un mal? Señor,—aunque son locuras mías,—voy a hablarte con rubor,—de éstas, mis melancolías... — Cuando resonar oí — heroicos cuernos de guerra,—y en el horizonte vi,—la nubecilla de tierra,—me pareció que volvías,—señor, cubierto de gloria,—como en tus lejanos días—de heroísmo y de victoria...— Mas, ¡ay! no eras tú, señor, — y entonces — no sé por qué — sentí en el alma dolor,— y sin querer, suspiré...*

Romualdo.—*¿Echas de menos, esposa,—aquel tiempo en que jamás—estaba mi espada ociosa?—¿Por ellos suspirarás?—¿Echas de menos los días—que entre batalla y torneo—en tus brazos me mecías? Pues yo no; ni los deseo...—Cierto día, mi señora,—llegué a tus brazos rendido—de fatiga, y hasta ahora—en tus brazos he dormido...*

Alda.—*¿Y has de dormir hasta cuándo?*

Romualdo. — *¡Ay, no quiero despertar! — ¡Quiero seguir descansando—de aquel rudo batallar!*

Alda.—*¿Y dejarás, mi señor,—que se agosten tus laureles?*

Romualdo.—*Que no se agoste tu amor;—lo demás, son oropeles...*

Alda.—*También yo lo quiero así;— mas sales de cacerías,—y vives lejos de mí, — señor, días y más días...—Y cuando por fin te veo—volver a tu esposa amada,—es siempre con el trofeo—de la caza ensangrentada.—¡Ay!, yo quisiera, señor,—puesto que has de estar ausente—verte tornar vencedor — como antes; al presente,—cinco años se han pasado—de tu última batalla...— ¡Ay; te olvidas demasiado—de tu espada, señor...!*

Romualdo. (Con desagrado). — *Calla;—ya he de volver vencedor—otra vez, esposa mía... —Lo verás...*

Alda. (Con alegría).—*¿Cuándo, señor?*

Romualdo. — *No sé... Algún día... Algún día...*

Alda.—*¡Ay!, bien veo, noble esposo...* (Se interrumpe al oir un toque de trompa cercano, y corre hacia la ventana).—*Es un heraldo. Ha tocado — su trompeta junto al foso.*

Romualdo. — *Traerá algún mensaje hablado, — de los que vimos venir.*

Alda.—*Acércate, mi señor, — y así oirás mucho mejor—lo que te quiere decir.*

La voz del Heraldo: *Señor castellano, otro noble barón—te manda su heraldo,—porque ha visto en tu*

altivo torreón—el glorioso pendón de Romualdo. — Es Gerardo mi noble señor,—señor castellano,—cuya fama gloriosa y loor—han llegado al confín más lejano.—Y no quiere pasar junto al foso—del noble Romualdo,—sin comer de su pan generoso.—¿Qué contestas, señor, al heraldo?—Sólo espera que abatas tu puente,—señor castellano,—para entrar y estrecharte lealmente—tu mano en su mano.

Romualdo. (Hacia afuera). — *A tu noble señor, vuelve, heraldo,—y di a tu señor,—que a los piés de Gerardo, Romualdo—abate su puente con dicha y honor.*

Escena IV.—Dichos. Después Gerardo.—Alda. *¿Gerardo? Su nombre, esposo,—no me es desconocido...*

Romualdo. — *Es un campeón muy glorioso; el heraldo no ha mentido.—Pero dejemos de hablar,—Gerardo espera, y su gente;—yo voy en seguida a dar—orden de abatir el puente.* (Sale Romualdo para volver momentos después).

Alda.—*¡Cómo, esposo! ¿Lo has dejado?*

Romualdo.—*No tal. Lo pensé mejor,—pues recibirlo he pensado—en la cámara de honor—del castillo.*

Alda.—*Sí, es verdad;—debes recibir aquí—a gente de calidad.*

Romualdo.—*Silencio, esposa. Helo aquí.*

Gerardo. — *¡Oh, glorioso Romualdo, te saluda — Gerardo el Paladín! Tal vez acuda—en zaga de tal nombre, a tu memoria,—algún recuerdo de mi breve historia.—Y a tus plantas, graciosa castellana,—que brillas como estrella soberana,—depone con respeto este varón,—todas las flores de su admiración!*

Romualdo. — *¡Bienvenido, Gerardo, cuya historia, —es larga en extensión y larga en gloria!—¡Bienvenido, Gerardo, bienvenido! — Romualdo te saluda, y ha cogido — para brindarte su hospitalidad, — el trigo más cordial de su heredad!*

Gerardo.—*Gracias, señor. Honrosa es la acogida.*

Romualdo. — *Como cuadra a tu fama merecida.—He ahí un sitial, señor; siéntate, y dinos,—si lo tienes a bien, por qué caminos—llegaste a mi castillo; de qué tierra—vuelves, señor, en tu corcel de guerra.*

Gerardo. — *Vengo de las Españas, donde azota — nuestro glorioso Rey, con la derrota,—a los infieles del falaz Marsillo,—y voy con la real venia a mi castillo.—No me llevan deseos de reposo,—ni deberes de padre ni de esposo;—voy, señor, en procura de campeones—que se alisten en pos de mis pendones,—para llenar los claros, y es así,—que he de volver muy pronto por aquí.*

Romualdo.—*Señor, a tu retorno, ésta mi puerta,—como a tu ida, la has de hallar abierta.*

Gerardo.—*A mi vuelta, quisiera que a ese honor—tan alto, se sumara otro mayor;—y es que unidos, señor, nuestros pendones—ambos marchemos con nuestros campeones,—a luchar junto al Rey. ¡Con gran contento,—te ha de acoger el Rey!*

Romualdo. — *¡Ay! lo lamento;—mas no me es dado, por desgracia mía, — honrarme con tu honrosa compañía.*

Alda.—*¡Ve, señor, ve, señor!*

Romualdo. — *¡Bien lo quisiera,—bien lo quisiera, esposa!* (A Gerardo) *¡Quién me diera, — llevar al Rey, nuestros pendones juntos, — mas se oponen, señor, graves asuntos!*

Alda.—*¡Vé, señor, ve, señor!*

Romualdo. — *Querida esposa; — insistir en tal forma, no es juiciosa — conducta... Tal señor podrá creer — que yo, Romualdo, tengo menester — de instancias, empellones y acicates, — para marchar en busca de combates.*

Gerardo.—*Lejos de mí, señor, tal pensamiento;—harto sé que la lucha es tu elemento,—y ha de ser para tí duro castigo—verte impedido de partir conmigo.*

Romualdo.—*Has dicho bien, señor.*

Alda. (Después de un silencio).—*Nos será grato,—recoger de tus labios el relato—de tus hazañas, ¡oh, señor!*

Gerardo.—*Señora,...—Gerardo, a quien ordenas, gracia implora...—¡Mas contar mis hechos, en estando aquí, —Romualdo el Paladín! ¡Pobre de mí!—¡Fuera, señora, cosa de candor!—Permíteme callar.*

Alda.—*¡Cuenta, señor!*

Romualdo. — *Calla, esposa, que huelga tu insistencia...*

Alda.—*Callo, señor...*

Romualdo. — *Yo iré, con tu licencia, — noble Gerardo, a aposentar tu gente,—que espera fatigada junto al puente.* (Vase Romualdo).

Escena V.—*Alda. Gerardo.* — Alda. (Después de largo silencio). — *Señor...* (Se interrumpe, arrepentida).

Gerardo.—*Señora mía, ¿qué se digna, — mandarme tu merced?*

Alda.—*Nada... Consigna, — me han dado de callar, y callaré...*

Gerardo. — *¡Oh! ¿Callar tú, señora? ¡Por mi fe, — que no debes callar! ¿Tienen—lo dudas—canto las aves para estarse mudas?—¿Y así, para callar, ha puesto Dios,—mi gentil dama, música en tu voz?*

Alda.—*¡Ay!, yo no sé, señor, si debería...*

Gerardo.—*Todo, menos callar, señora mía...*

Alda.—*Temo ser indiscreta en mi insistencia,—mas ya no te embaraza la presencia—de mi señor...*

Gerardo. — *Parécemme que entiendo...—¿No quiere, mi señora, honrarme, oyendo—como cuento los hechos de mi historia—tan larga en días como corta en gloria?*

Alda.—*Ese, señor, es mi deseo...*

Gerardo.—*El mío,—fuera callar para no darte hastío,—señora. Harto prolija es la memoria—de los hechos que forman tal historia.—Sólo en batallas, cuento a mi favor,—veinte cabales...*

Alda.—*¡Veinte! Mi señor,—te aventaja por cuatro, solamente!*

Gerardo.—*Además, en torneos, si no miento, — mi memoria, señora, se ha quebrado — quince veces mi lanza; mas he dado—fin con mi espada al otro caballero:—¡siempre dió la razón Dios a mi acero!*

Alda.—*¡Quince torneos!*

Gerardo.—*Sin contar un pico,—que no paga la pena por ser chico.*

Alda.—*Romualdo, mi señor, a más alcanza.* (Suspirando).—*¡Pero hace tanto que quebró su lanza,—en las justas de Dios...!*

Gerardo.—*Por otra parte,—sin tener poliorcética ni arte,—siempre mi espada me sacó de apuros—a tres ciudades les batí los muros.*

Alda.—*¡Mi señor batió seis, mas hace tanto,—tanto tiempo, señor...! ¡Ya no sé cuánto...!*

Gerardo.—*Lo ves, señora; fuera ocioso y largo, — contar todos mis pasos...*

Alda.—*Sin embargo,—¡con qué grande placer te ha de escuchar,—alguien que en tu castillo ha de esperar...!*

Gerardo.—*¿En mi castillo? ¡Ay, nadie me espera...!*

Alda.—*¿Y tu esposa, señor?*

Gerardo. (Suspirando).—*¡Quién la tuviera!*

Alda.—*¡Oh!, perdona, señor, si yo, imprudente, — he revuelto una herida...*

Gerardo.—*Solamente,—tengo en el cuerpo algunas cicatrices;—mal puedes revolver la que tú dices...*

Alda.—*¿Entonces no se ha muerto, señor?*

Gerardo.—*No;—¿puede acaso morir quien no vivió?*

Alda.—*¿Es posible, señor?*

Gerardo.—*Nadie me espera;—es frío mi castillo; si así fuera—el cubil de un león, su valentía — muy pronto se tornara en cobardía.—Con un castillo así,*

Romualdo mismo,—cifra y suma de gloria y heroísmo—no fuera lo que es hoy, gentil señora...—Viniendo aquí, todo me explico ahora:—¿quién no es héroe si sabe que le espera—después de la batalla, la primera —de las esposas; la beldad más pura;—un dechado de gracia y hermosura?

Alda.—*Nada me debe mi señor. Sería,—señor, muy vana pretensión la mía,—si como una insensata me creyera—que de esta o de aquella otra manera,—puse algo en la gloria de mi esposo.*

Gerardo.—*¿Algo no más?... ¿Con rostro tan hermoso...?*

Alda.—*Todo es obra, señor, de sus arrojos;—nada me debe.*

Gerardo.—*¿No...? ¿Con tales ojos...?*

Alda.—*Juro que de su gloria nada toca—a mi mérito.*

Gerardo.—*¿Nada...? ¿Con tal boca...?*

Alda.—*No; mi señor no tuvo menester, — de esta débil mujer;—tampoco tú necesitaste dama—para alcanzar, señor, gloriosa fama.*

Gerardo.—*¿Mi gloria? ¿Qué es mi gloria? ¡Pobre cosa!—Prueba al canto: mi hazaña más gloriosa,—la que me dió en la vida más laureles,—fué matar cierta vez cuarenta infieles,—en un combate, con mi propia espada...—Ya ves, señora, casi no fué nada...*

Alda. (Como pensando en voz alta).—*¡Cuarenta! Mi señor, en una vez,—¡hace mucho!—mató cuarenta y tres...*

Gerardo.—*Mas si tuviera yo, señora mía, — dama así como tú, terminaría,—con todos los infieles que encontrara—a mi paso, señora!* (Poniéndose de pie llevado por épico entusiasmo).—*A éste matara—recordando a mi dama, por su cara—tan hermosa! ¡A aquel otro, por sus ojos!—¡Por sus labios tan frescos y tan rojos,—dos infieles rodaran a mis pies!—¡Por esas manos, cuando menos, diez;—uno por cada dedo de*

marfil!—¡Por tus cabellos, cien! ¿Qué digo? ¡Mil! — ¡No, no tal! ¡Infinitos! ¡Son tan bellos! — ¡Por uno y cada cual de esos cabellos,—mordería la tierra un enemigo!—¡Pongo a Dios por fiador de cuanto digo! —¡Eso sí, gloria es! ¡Dirás ahora, — de quién sería gloria tal, señora!

Alda. (Confundida).—*Calla, señor...*

Gerardo.—*¡He ahí, he ahí la gloria,—la verdadera! ¡Siempre ella es la historia,—de una mujer hermosa y adorada;—lo demás es furor, fiereza, nada...!*

Alda. (Trastornada).—*Calla, señor...*

Gerardo.—*¡Oh! ¿Quién resistiría,—quién a mis pies, vencido no caería,—si después del combate sobrehumano—yo pudiera besar tan bella mano?*

Alda.—*Calla, señor...*

Gerardo.—*¿Y quién fuera Rolando,—junto a mí, si al pelear estoy pensando,—que me esperan los labios de esa boca?*

Alda.—*Calla, señor...*

Gerardo. (Con gran desaliento).—*¡Mi pretensión es loca!—La estrella del guerrero siempre engaña:— ¡jamás podré alcanzar gloria tamaña...!*

Alda. (Compasiva).—*No te quejes, señor, de tu destino...—¿Por qué no has de encontrar en tu camino —la dama que deseas?*

Gerardo.—*La he encontrado,—pero besar su mano no me es dado...—¡Y pensar que tan sólo con un beso—que en su divina mano hubiera impreso—la espada por mis manos empuñada—fuera el rayo de Dios hecho una espada!*

Alda. (Ruborosa).—*¿Con uno, nada más...?*

Gerardo.—*Uno, señora—nada más que uno solo, y te lo implora—este oscuro guerrero sin historia...— ¡Ayúdame a vencer, forja mi gloria!*

Alda.—*¿Pero uno sólo, nada más...?*

Gerardo.—*¡Sí, uno!—Después, señora, ya no te importuno...*

Alda. (Le tiende la mano pero la retira).—*Palabra me has de dar antes, señor,—que ha de ser uno solo...*

Gerardo.—*¡Por mi honor!*

(Gerardo imprime un largo beso en la mano de Alda. Esta forcejea por retirar la mano, presa por las manos y los labios de aquél).

Alda. (Asustada).—*¡Basta, señor! ¡Oh, basta! ¡Por favor!* (Gerardo la deja)—*¿Un caballero cumple así, señor,—con la palabra que empeñó a una dama?—¡Eso traición y deslealtad se llama!*

Gerardo.—*No comprendo, señora... Prometí—darte un beso no más, y uno te dí....*

Alda.—*¡Mas fué un beso muy largo!*

Gerardo.—*En ese punto,—te has salido, señora, del asunto;—en mí no ha habido ni traición ni dolo:—era un beso no más, y di uno solo...!*

Escena última.—*Dichos. Romualdo.* — Romualdo. —*Señor, por uso no tengo—dar oídas a criados—en negocios ni cuidados,—pues a mi ojos me atengo,—pero en tocando al honor—no pregunto si es villano—quien hable, ni si es señor,—sino que llevo mi mano—hacia el puño del acero—y mis pasos hacia el punto—donde tomó pie el asunto—de las lenguas!*

Gerardo.—*Caballero,—a fe que ignoro, en verdad, —lo que hablando así, has mentado.* —

Romualdo.—*¡Como un villano has pagado—mi noble hospitalidad!*

Gerardo.—*Señor, para ventilar—cuestiones de este linaje,—no es oportuno el lugar—ni el momento ni el lenguaje!—Salgamos, señor, de aquí;—adonde mandes, te sigo.*

Romualdo.—*No, de intención escogí—este sitio, este testigo.—¡En guardia!*

Gerardo.—*Señor, repara,—que es una débil mujer, —y la sangre ha de correr;—si al menos se retirara...*

Alda.—*Mi amo y señor, sé prudente;—no mates al caballero — que ha cruzado nuestro puente —.como*

huésped! ¡Ten presente,—que es invencible tu acero!

Romualdo.—*¡Te vendes, mujer infiel!—Harto claro se ve ahora—que no hay sólo un traidor: ¡él! — hay también una traidora—que defiende a su doncel!*

Alda.—*¡Ah, no! ¡Mata, sin piedad!—Huésped, maldice la suerte—que te dió hospitalidad:—¡comerás un pan de muerte!*

Gerardo. (Tirando de su espada).—*¡Sea, pues!*

(Se arremeten espada en mano. Después de encarnizada lucha, Gerardo desarma a Romualdo).

Romualdo. (Con dolor).—*¡Oh, Gerardo, me has vencido,—has vencido a Romualdo!*

Gerardo.—*Lo has querido.*

Romualdo.—*¡Ay de mí! ¡Cuán lejano de mi mente —estaba este final; no paré miente,—que en la inercia mi acero se ha enmohecido—como mi gloria....¡Todo lo he perdido!—¡Termina de una vez! ¡Mata, señor! —¡Es la gracia que pido al vencedor!*

Alda.—*¡No le mates, señor!*

Romualdo.—*¡Alda, Alda mía,—quiero vivir si me amas todavía, — mas si él tu amor me arranca, me arrebata—como la gloria, di tú misma: ¡mata!*

Alda.—*¡No le mates, señor!*

Gerardo.—*Señora, has dado—la sentencia: Romualdo se ha salvado,—mas dando tú sentencia de tal suerte,—con la vida que das, me das la muerte!* (Devolviéndole la espada).—*Feliz Romualdo, toma el viejo acero,—tu invicta espada! ¡Yo seré el primero — en proclamar a todos tu victoria: — que quien tiene el amor tiene la gloria!*

Alda.—*¡No! Con tu noble generosidad—jamás se ha de amasar tal falsedad;—los primeros seremos él y yo,—en proclamar tu gloria; vé, si no:* (Con voz estentórea, hacia afuera) *Caballeros, Romualdo el Paladín,—el invencible, fué vencido al fin!—¡Arrojad a los vientos sin retardo—el gran nombre glorioso de Gerardo!*

Romualdo. (A Gerardo). — *¡Termina de una vez! ¡Mata, señor!—¿Es la gracia que pido al vencedor!*

Gerardo.—*¿Quieres morir cuando te queda todo?—¿No te queda el amor?*

Romualdo. (Tristemente). — *De ningún modo. — ¡Quien la gloria perdió, perdió el amor!... ¡Termina de una vez! ¡Mata, señor!*

TELÓN

CARLOS M. PRINCIVALLE.

RUBÉN DARÍO

En esta hora dorada de la tarde,—una vez más entre tantas,—he recordado de improviso, como si se me enfrentara repentinamente, al gran Rubén Darío. Y como se hace con los cuadros familiares que nunca abandonamos, y a los que recurrimos siempre con mirada de amor y de tristeza, me he vuelto un poco hacia la pared del fondo para mirar largamente mi pequeño retrato del poeta.

Allí está él,—él mismo,—como yo lo vi,—en actitud cansada y pensativa, "que propia suya era"... Allí está él,—él mismo,—un poco temeroso y distraído, pero envuelto de ensueño y de harmonía...

Ya van diez años de nuestro encuentro en el soleado litoral de mi pueblo materno, donde mi corazón novísimo se llenaba de ansias de infinito en la contemplación de las más simples cosas: ya van diez años, y no hay quizás un día en que me olvide de él.

Este retrato que ahora miro, es una fotografía directa, inédita, sin retoque, cuya intensa belleza no tiene semejante.

Y he aquí cómo, en esta tarde pálida, mirando al "indio bravo que ha echado el lazo a todas las quimeras", me decido a escribir estas páginas, destinadas a evocar la permanencia de Rubén Darío en mi ciudad del Salto.

Yo que le admiré ciegamente, con amor y con llanto, y que no fuí capaz, a la hora de su muerte, más

que de salir de casa, ahogándome, a respirar en silencio el aire de la noche por aquellos arrabales solitarios, donde había tanta placidez de luna,—reverencio así y a mi manera,—la dulce memoria del Maestro inmortal.

Acaso,—juzgando sin exigencias,—pueda resultar mi crónica un homenaje más, tributado a quien los tuvo tan altos que no mereciera nunca el mío, si no fuera por este vago anhelo de mojarme la frente con el agua fría de su recuerdo...

Estábamos a 31 de julio de 1912.

Veinte o treinta personas se agrupaban con inquietud en el andén de la estación Midland, donde ya se habían encendido las luces.

Casi sobre nosotros, apareció de pronto la locomotora trepidante: el ojo rojo de su ancha frente negra nunca me fué más vivo y más simbólico.

Era una tarde neblinosa y fría, luego de un día sereno y claro.

Corrió la gente confusa por el andén cubierto: el convoy tuvo un ancho resoplido y nos estremecimos con la tierra.

La charanga del regimiento rompió una diana militar que saludaba al jefe de la zona,—viajero también del mismo tren,—y el encanto atisbado en el crepúsculo, se deshizo en el aire atónito, sacudido por la fanfarria inoportuna...

Detrás de los dos o tres primeros personajes municipales, subimos al vagón los más jóvenes, es decir, aquellos a quienes una ansiedad desconocida les hinchaba el corazón. Don Benito Solari, amigo personal de los hermanos Guido, el mayor de los cuales acompañaba a Rubén Darío, inició las presentaciones de estilo. El hombre a quien esperábamos,—el Poeta,—

estaba allí, delante nuestro, y una desconsoladora impresión comenzaba a arder en los pechos nerviosos. La alta y recia figura de Rubén se encorvaba de melancolía indecible, bajo el apremio de aquel gran sobretodo gris jaspeado que llevaba en su último viaje al Plata.

El hombre estaba como sumido en un sopor, indiferente a todo: bien bronceada la cara morena, ancha la frente abombada, la nariz roma y sensual, la boca carnosa de labios pánicos y los ojos dulcísimos, de una vaga dulzura, extraña y africana.

Parecía un rey de bronce. O era, más bien, un viejo león enfermo...

Endormido en su sueño,—enigmático y grave,—no dijo una sola palabra. El doctor Baltasar Brum, entonces Presidente de la Comuna, y ahora Presidente de la República, presentado a Darío por el señor Guido, nos presentó a su vez al poeta, que apenas dejaba caer la mano displicente y lánguida. Cuando me llegó el turno—¡y cuánto me apuré para ello, Dios mío!—la amabilidad fácil y el entusiasmo cordial del doctor Brum, me condecoró con el pomposo título de "codirector de "Le Chat Noir", aquella revista saltaña y parisiense, henchida de versos y de suspiros, que romantizó nuestro fervor juvenil...

Rubén alzó la cabeza leonina, entreabrió los labios con una sonrisa débil y fugitiva, y al darme la enguantada mano blanda, miróme con paternal mirada de desengaño.

Nos agrupamos luego a su lado, y sin cambiar palabras, cruzó confuso el salón y ocupó en seguida el lujoso automóvil que la comisión recepcionadora le había destinado.

Volvimos nosotros por nuestra parte, desperdigados y al azar, hacia el centro. Mi malogrado amigo Julio J. Jaureche, Secretario del Ateneo del Salto, endulzó la soledad de mi viaje a pie por las calles ex-

céntricas, salpicadas de diminutas luces amarillas. A los dos nos unía el desconcierto y la tristeza, el abandono melancólico y el hastío insoportable de Rubén.

La realidad comporta una desilusión, cuando se ha soñado mucho, y sobre todo cuando el penacho juvenil alegra el mundo como una fiesta griega. El corazón, no satisfecho de crear los personajes, los viste y los decora, echándolos a andar por la vida como una cohorte lírica de atletas o como una pléyade soñadora de argonautas. Y cuando tras mucho peregrinar, un día nos encontramos deveras, hacia ellos vamos con ansiedad cruel, esperanzados de hallar —¡al fin!—la comprobación de nuestro ensueño. Y nos abismamos en la presencia oscura del hombre de carne y hueso, nunca semejante ni parecido apenas, al que creó, concorde con su obra espiritual, nuestra fantasía imaginativa.

El secreto íntimo, la clave misteriosa, el rubí escondido, no se transparentan de primera intención, a nuestra inquietud, que busca en vano, como delante del antiguo enigma, se desconcierta ciego el ojo de la curiosidad. Y viene entonces la interna claridad que todo lo deslumbra: florecen dentro del alma, por influjo inopinado, los largos lirios del silencio...

Una y otra calle fuimos andando aquella profunda noche, sin que Jaureche y yo quebráramos los verdes tallos de la flor mística que el Divino Maestro había levantado en nosotros. Ya a punto de separarnos, nuestros labios no pudieron decir otra cosa:

"*¿Recuerdas que querías ser una Margarita...*"

Y nos despedimos, como ungidos de una nueva tristeza.

Esa noche debía realizarse en el Concordia-Hotel el gran banquete de bienvenida que la Comisión del Ateneo preparó. Cuando llegamos, las mesas ataviadas con el mantel blanco y las flores rojas, que sientan tan bien al espíritu de los comensales en la hora alegre de los ágapes, se ofrecían ya, colmadas de los más gratos dones. Sin embargo, Darío no vino a la cena, y el señor Guido, con ademán cumplido, nos anunció que el poeta "sólo iba a tomar una taza de café", que estaba muy abatido, y que, además, "debía disponerse para la conferencia inmediata del Teatro Larrañaga"...

Rubén nos dejaba en la orfandad, lo mismo, que Verlaine abandonaba a sus cofrades parisinos, aquella noche célebre que cuenta Alejandro Sawa. Lo que sí, que esta vez el poeta no iba a venir ni el final, como apareció el *pauvre Lelian* al término de la cena famosa.

Con terrible tardanza, que exasperó a las galerías repletas de estudiantes, y que la Comisión del Ateneo aprovechó para financiar con el señor Guido el *bordereaux* anticipado, llegó al teatro Rubén Darío, con paso firme y ligero. El rostro bronceado no tenía ahora las huellas de la fatiga, y se alzaba sereno y noble, con las mejillas un poco flácidas, sobre la pechera impecable del frac. Taurino el cuello, vigoroso el cuerpo, la tez morena, tenía su tipo físico la seducción cálida de ese don apolíneo con que embelleció la vida.

Tras breve espera, ante la sala brillante y compacta, apareció en el escenario Rubén Darío. Le acompañaba el señor Perfecto López Campaña, Director de "La Tarde".

La Comisión del Ateneo pretendió acompañar al poeta en el palco escénico, pero aquél detuvo a todos con un breve gesto, prefiriendo quedarse solo. Una copa de whisky sin soda, le había alcanzado, entre bambalinas, el secretario particular que le servía. Se

la vimos beber casi de un trago, y entrar de inmediato a la escena, donde la concurrencia saludaba al creador de las ligeras gracias con una salva de aplausos fugaces.

López Campaña, en tono nunca superado por sí mismo, reverenció a Darío en nombre del Salto, ofreciéndole pámpanos gloriosos, aromas de naranjales en flor, cristalería de río tropical, perspectivas risueñas y divinas colinas, como motivo de un himno perdurable para el solar salteño, que el acda podía agregar,—tal nuestro orgullo,—"al sagrario de sus recuerdos peregrinos"...

Mientras el ofertante se adelantaba osado por la floresta original y suntuosa de Darío, el poeta, de pie, la mano que juega en la cadena del reloj, distraía su mirar indiferente, por el teatro lleno, que en noche así resplandece de las mujeres más lindas del país.

Una niña pequeña y grácil como una mariposa, corrió con menudito paso por el palco escénico y alcanzó a Darío un magnífico ramo de pomposas rosas.

Pronto pesó demasiado en su mano de marqués el ramo exuberante, y con desgano torpe, el poeta buscó un lugar donde situarlo, y no encontró otro que el suelo mismo...

El programa de la fiesta anunciaba una conferencia que se titulaba "La historia de mis versos". (1) Darío se sentó parsimonioso y triste, cuando la breve ceremonia inaugural se terminó. Sin ademán alguno, lentamente, con voz apagada y débil, comenzó nuestro pobre Lelián a leer sus páginas, cuyas letras iniciales hablaban de su reconocimiento a la gentilidad salteña. Recordó en seguida su florido y lejano país de Nicaragua,—evocando la infancia novelesca,—sin

(1) Comprobé después que eran páginas de la misma historia que venía componiendo en el viaje para "Caras y Caretas", y por la que la revista porteña le pagó seis mil pesos, que Rubén no vió nunca, y que no se sabe en qué manos fueron a parar.

olvidar el rosado episodio de su fuga, a los trece años, tras las mórbidas piernas de la bailarina del circo... La voz pastosa y casi confidencial del orador, desconformó al público, que sin respetar aquella majestad gloriosa, dió pruebas de su impaciencia incontenible. Rubén alzó la frente: se quedó suspenso, entre la admiración y la tristeza...: mezó luego, y al descuido, las guedejas negras, salteó unas cuantas páginas con aire escéptico pero sutil, y comenzó sin más preámbulos a leernos sus versos, abreviando,—se veía bien claro,—la autocrítica marginal que los documentaba.

Y con desdén profeso y dulce olvido de sí mismo, su alma lironda volvióse ufana hacia el encantado jardín de sus poesías. Allí paseó con paso tardo y rítmico, mientras iba diciendo, como para sí mismo, las musicales rimas de *Era un aire suave... Divagación* y *Sonatina*.

Aplaudieron las manos populares que querían reivindicarse, y Darío, grave y suave, volvió atrás nuevas hojas escritas, para leer con expresión inefable la alabanza *A los negros ojos de Julia*, el soneto inmortal a *Margarita* y los monorrimos tercetos de *El Faisán*.

Parecía que al recitarlos pensaba en aquella frase suya, que había dicho alguna vez:

"Voy diciendo mi verso con una modestia tan orgullosa que solamente las espigas comprenden"...

Y truncó la lectura de su historia, cuando recién entrábamos con ella a su jardín de gracias y de acacias, en donde las celestes harmonías le convertían en el nuevo Orfeo.

Se puso de pie, inclinó el busto ceremonioso y la cabeza taciturna, dijo como los reyes delante de las naciones:

"Dios guarde y engrandezca a la República Oriental del Uruguay",

yo desapareció como una sombra, sin acordarse del profuso ramo de las rosadas rosas, cuyo destino humilde nos oprimió la frente...

El festival acariciado en sueños había tenido la brevedad de una melodía. La conferencia duró apenas un cuarto de hora, que, con el discurso de bienvenida y la prolongada aclamación triunfal, se extendió a veinticinco minutos escasos.

Es indudable que Rubén Darío no alcanzaba la responsabilidad que se debe quien exige una alta retribución material como honorarios de su tarea.

La conferencia, cuyas entradas se pagaron a precio de oro, se concretó a veintitantos minutos de un florilegio que conocíamos de memoria.

Sin embargo, no es justo castigar a Rubén. Bien se sabe ahora,—¡oh dioses!—que los señores Guido traían allí grande hombre con un innombrable propósito de feeria, y que Rubén, anormal y genial, se dejaba llevar como un ciego, por la mano maligna de un hada terenaz...

Era el viejo león melancólico, "ciego de sueño y loco de harmonía", que los empresarios fenicios llevaaban de pueblo en pueblo, exhibiéndolo en su majestad y en su desgracia, ebrio de amor, de dolor y de alcohol.

El Ateneo del Salto hubo de costear ciento setenta y cinco pesos de localidades que tomó a su cuenta para el festival del Teatro Larrañaga, luego de algunas tentativas infructuosas del señor Guido, instituído en empresa, para solventar por medio de aquel brillante centro intelectual, los gastos de estada y de función.

Darío se ha quejado con angustia de lo que llamó en sus cartas particulares "la cosa Guido". La explotación de los millonarios montevideanos que devinieron luego en banqueros parisienses, tiene la oscura tristeza de un dolor que no se nombra. "Necesito ante todo, decirte en qué condiciones voy. Voy, desde luego, explotado. Explotado con dinero, pero explotado. Y aquí llega tu acción y tu actitud. No es para ahora, porque se trata de asuntos que tienen que ser hablados, que yo entre en detalles de esta cosa de "Mundial" y "Elegancias". Ya hablaremos. Pero, lo principal es hacer comprender, del modo que tú puedes hacerlo, a estos millonarios, lo que yo valgo y puedo, fuera de ellos..." (1)

Aparte de estas líneas, escritas en vísperas de llegar al Salto, fué notorio y público el contrato leonino, el negocio cruel de los señores Alfredo y Armando Guido.

¡Pobre Rubén! *¡Dura necessitas est!*

En la mañana siguiente a la conferencia del Teatro Larrañaga, estábamos en la redacción bohemia de "Ecos del Progreso", haciendo rueda de amigos líricos, cuando llegó el señor Guido a protestar por lo que llamó "la crónica descomedida del primer diario de América que se atreve a atacar a Darío."

En realidad no había irreverencia ninguna en la crónica de la fiesta: sólo se dijo en ella la verdad sin ambages. Fué mi amigo Pereira Rodríguez, que, como nosotros todos, tanto amaba a Rubén, quien hizo aquella crónica, donde se dijo que "la disertación careció de interés", que "el poeta nos desilusionó hondamente", que "dejó de leer cuartillas íntegras", que "el Darío de anoche no es el Darío que esperábamos", y que "la simple lectura de sus versos careció de las esenciales virtudes de una lectura." (2)

(1) Rubén Darío.—"Epistolario".—Publicado por la Biblioteca Latino-Americana de París.—Con estudio preliminar de Ventura García Calderón.—1920.—Carta a Alberto Ghiraldo, fechada "en Río de Janeiro, el 15 de janeiro de 1912".—Págs. 69-70.

(2) "Ecos del Progreso".—Salto, Uruguay, 31 de julio de 1912.

Cerca de las once de la mañana de aquel mismo día, seguí curioso y ansioso la figura del poeta, envuelta en su gran sobretodo grisáceo, sonambuleando por las calles soleadas.

"Envejecido, moroso, se encaminaba a su eternidad casi durmiendo", dice García Calderón en su cariñoso estudio de Rubén. Y así era en verdad la sensación que daba el príncipe, solo y triste, inquieto y pálido, indigno y pobre...

Con el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Comisión Directiva del Ateneo, fuí de tarde, a visitar a Darío en su apartamento del Concordia-Hotel. Más que nada, nos llevaba el propósito de invitarle a un paseo en automóvil por los pintorescos alrededores de la ciudad fluvial.

El secretario del poeta—un hombre joven y moreno, con aire de lince y pronunciación mejicana,—nos despidió desde el descanso de la escalera, con la mano puesta en el pestillo de la puerta contigua.

—"El señor Rubén Darío no puede recibir: escribe muy atareado su pieza de teatro "La Princesa Eulalia", que debe entregar a Rosario Pino antes de setiembre."

Dejamos nuestros nombres y salimos a la calle, sin promediar palabra.

Resignado ante el fracaso de nuestro empeñño, me despedí del doctor Delgado casi en silencio y fuí a refugiarme en el rincón habitual del café, donde dejé colgados tantos sueños vehementes y tantas penas ingenuas.

No iba muy lejos, cuando Darío, enlevitado y abstraído, descendía de un automóvil en las puertas del Correo Central. Con la persistente somnolencia crepuscular que le dominaba, acercóse a la ventanilla de reclamos, alcanzó un aviso de certificada y recibió un pequeño paquete de libros. Darío miró la pieza con

indecible hastío: firmó el recibo con letra temblante: y dejó olvidado el paquete...

El Correo del Salto envió después al hotel la recomendada en cuestión, y cuyo destino ulterior ignoro. Sólo sé que Darío repitió el gesto en Paysandú, donde dijo al ventanillero asombrado, sin rasgar la faja que envolvía un libro de Raúl Oyhanarte, certificado y dedicado a él: *"Guárdelo para usted"*...

—

El segundo día de su estada en el Salto, el poeta permaneció encerrado y enfermo. Por la noche, el Club Uruguay reunió en sus salones la *élite* social de la ciudad y le ofreció una recepción de honor. En representación de Darío se presentó el señor Guido con un mensaje, cuya copia conservo y transcribo:

"Salto, 1.° de agosto de 1912.—Señor Presidente del
" Club Uruguay. — Ciudad. — Señor Presidente:

"Suplico a usted, ante todo, saludar a la gentil so-
" ciedad del Salto, que ha sido tan generosa y entu-
" siasta con mi personalidad.

"Habría deseado asistir a esta fiesta de cordiali-
" dad social que se ha querido ofrecer al poeta ex-
" tranjero. Un exceso de labor me impide hacerlo,
" pero nada podría impedir las palabras de gratitud
" con que correspondo a tan brillante manifestación.

"Fraternizo mi nombre con el de Alfredo Guido,
" mi compañero en esta visita iberoamericana, y cu-
" ya familia en este país cuenta con tantas simpatías,
" quien, como es sabido, en unión de su hermano Ar-
" mando, se junta conmigo en una empresa de inte-
" lectualidad y de progreso dos veces continental.

"El, asistiendo a este acto, lleva mi representa-
" ción, y ruégole, señor Presidente, quede expresada
" por su respetuosa palabra, ante la selecta concu-
" rrencia, la absoluta seguridad de que el recuerdo
" de la sociedad salteña perdurará en mí por toda la
" vida. *Rubén Darío.*"

Al otro día habíase de ofrecer una nueva fiesta, organizada por el Ateneo, en donde el fervor juvenil mantenía nuestra gran columna de azul, y en donde Pereira Rodríguez, Montiel Ballesteros y otros, íbamos a entonar el coro sinfónico al Maestro neoclásico.

Fracasó también el festival anunciado, porque el señor Guido se anticipó a pedir su suspensión.

El poeta continuó encerrado misteriosamente.

Sólo la señorita María Magda Gamboa consiguió, con el alegre afán de quien conquista un vellón de oro, esta estrofa ingenua y fugitiva:

"La mujer argentina—¡Divina!
La del Uruguay—¡Ay!"

Los rasgos de la letra eran gruesos y trémulos, y la cuarteta de rima rota, tenía la gracia contorsionada de un amorcillo fugaz en la blancura apaisada del álbum...

Al día siguiente, muy de mañana, las barrancas fluviales vieron descender por el río azul y murmurador, la ufanía sempiterna del buque de la carrera. El gran Rubén regresaba a París, por vía Buenos Aires. Alguien llamó la despedida del silencio, al repentino regreso del príncipe.

Nadie supo más nada, hasta que llegó un día en que García Calderón nos dijo desde Francia:

"Le jeune Simbad qui avait voulu presser contre son cœur toutes les beautés du monde est revenu au village natal, désemparé comme l'Enfant Prodigue."

Envejecido, moroso, se encaminaba hacia su eternidad casi durmiendo.

Y una nueva angustia y una tristeza nueva nos ungían.

La vida empezaba demasiado temprano, a mostrarnos el pecho velludo de la verdad.

—

TELMO MANACORDA.

BAJO LOS ARBOLES

Es una clara noche de setiembre.
Sobre la tierra fresca, mi chambergo
—negro y envejecido casco triste,—
finge las alas yertas de un murciélago.
Mi soledad es dulce porque sombras
preclaras me hablan desde su silencio
en un lenguaje que es la misma sombra.
Además, me acompañan los recuerdos;
que ya no es estar solo.

Y sin querer pensar en nada, pienso
que sólo en penas floreció mi prado;
que he dado más que lo que a mí me dieron;
que es tarde ya para cambiar de ruta;
y que el ensueño que llevó mi aliento
pude haberlo soñado igual en este
sitio agreste, mirando el claro cielo;
que no era menester andar caminos
hostiles, polvorientos,
para encontrar la paz, flor humildosa
que en los más apartados recovecos
difunde su perfume,
amada de la noche y de los vientos.
¡Ay, el fruto que ansiamos como locos,
está en el propio huerto y no lo vemos!

¡Cierto es que derroché mucho la vida!...
y que no me arrepiento, también cierto...

¡Oh, árboles mudos,
que a lo que dice mi alma estáis atentos,
pues parecen oídos vuestras hojas
dobladas, que me escuchan en silencio!
¡Oh, vosotras, estrellas,
doradas por un oro de misterio,
que os apagáis y os encendéis de prisa,
cual niños somnolientos
que aguardan sólo para
dormirse, que la abuela acabe el cuento!
¡Vosotros no dormís nunca, escuchando
un cuento absurdo, trágico y eterno!

Es una clara noche de setiembre.
Púse sobre la tierra mi chambergo,
y el aire perfumado trae y lleva
plácidos pensamientos.
Allá en mi hogar la amada espera, el hijo
sueña un cándido sueño;
los besaré en la frente a mi llegada
y he de decirles que soñé con ellos...

SEGUNDO BARREIRO.

EL PETIZO AGUATERO

(*Del libro* "ALMA NUESTRA", *que la* "*Editorial*) PEGASO" *ha lanzado a la circulación*).

No quería creer que se quedaba viejo, bichoco y achacoso.

Peludo, los dientes flojos, los vasos rajados, con las puntas medio levantadas, la vista débil... El creía guardar las veleidades viriles que le dispensara su condición de toruno, y aún dilatabа las narices al olor caliente de la primavera, mientras relinchaba ardoroso y confiado.

No sin violencia había aceptado su relegamiento de caballo de confianza, manso y de buen cómodo, a vulgar arrastrador del barril de agua, con el duro recado sobre las paletas, la cincha en los sobacos, y el taloneo desesperado del peoncito que lo montaba.

Mientras con su paso boyuno iba o venía del manantial, cavilaba:

—Esto ha de ser pasajero... Debo cumplir, ya que me precisan... Al fin es una preferencia... Les traigo el agua... Otro mancarrón loco empieza a las patadas y les rompe el barril... ¡Yo!... Ellos me conocen...

Por su elección no hubiera preferido tal oficio. Con su bonhomía, le encontraba cierta dignidad y lo rea-

lizaba a conciencia, esperando siempre el premio de volver al tiempo pasado... Por lo menos, tener el honor de pasear una de aquellas lindas señoritas que, agarradas a sus crines, cuando él, con cuidadosa precaución se movía, chillaban encantadoramente: —¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Me caigo!...

Nunca le había gustado estar muy lejos de las casas. Giraba en redondo, alrededor de los edificios, conformándose con el pasto que encontraba y con el agua tibia de las bateas de piedra. Era más tierna la gramilla de los bajíos, más limpia y fresca el agua del arroyo, pero él estaba tan encariñado con las casas!

No andaba mañereando, no se hacía el cabortero cuando veía salir del galpón, derecho a él, alguno con el freno en la mano.

Miraba con sus grandes ojos buenos y tristes.

—Me vienen a buscar...

—Sí, hoy será... Vamos a pasear ahora.

Luego, bajo la enramada, desesperándose por no perder palabra de la charla de los peones, sentía caer sobre su lomo la bajera sucia, la carona reseca, el basto, y cuando la argolla de la cincha zumbaba en el aire y le pegaba en la panza, al girar sobre su cuerpo, era todo atención.

¡Le apretaban muy adelante! ¡No había más! Era la cinchada del barril. Sería otra vez.

Y marchaba filosóficamente.

En la estancia todos tenían sus caballos de andar. Para ir a los paseos, a las fiestas, a las carreras.

En las mismas pencas, que corrían a escondidas, entre resonantes jaranas, él jamás participaba.

Los otros caballos se jactaban:

—Ché, petizo aguatero, nos divertimos hoy.—O bien:

—¡Qué baño macanudo nos dimos!...

—¡Me galopé veinte leguas, fácil!

El miraba su pasado y esperaba.

Una siesta pesada en que lo fastidiaban las moscas y los tábanos, vinieron los tres chiquilines de la casa. Se le aproximaron cautamente—¡como si él pensara escaparse!—lo enlazaron con una cuerdita y entre risas y bromas, uno tras de otro, ayudándose, se le enhorquetaron.

—A la moda de Portugal,
tres burros en un bagual!...

—Cuidado el potro que no corcobee...

¡Pesaban los botijas bandidos!

Lo llevaron de un lado a otro, lo hicieron trotar, galopar, lo sofrenaban de golpe, le daban de talón, haciéndole sonar las costillas, pero él era tan feliz!

Quién sabe hasta qué hora lo tienen si no los ve el patrón, que les gritó:

—¡Dejen ese pobre animal, herejes! ¡Les gustaría que a ustedes les hicieran lo mismo?... Yá, vengan pa cá... ¡Al rayo del sol, eh! ¡Y pa mejor con ese desgraciao, que apenas puede con sus catangas!...

Todo lo demás estaba bien, pero lo último lo ofendió; a poder, despreocupándose de la frase hiriente, le hubiese contestado al patrón:

—Déjelos que se diviertan... Lo qu'es a mí no me hacen nada...

Los muchachos se tiraron, rápidos, del matunguito, y él los siguió, tranquilo, dolorido, contento.

A no haber sido por la salida del hombre, les hubiera dicho, sin recelo, a los otros caballos:

—¡Cómo farriamos hoy con los chiquilines!

Ahora vivía de recuerdos, pero no desesperaba de reivindicar sus derechos de preferido.

Ante la insolencia de sus colegas, vanidosos e inflados, recorría con la memoria sus hazañas:

Cuando paseó la niña más chica... Tan manso, mientras le parecía sentirla temblando de miedo.

La vez que fué hasta Laureles, ¡catorce leguas de un tirón!

¡Y sus amores!... Si bien es cierto no le habían reportado más que desazones, junto con el ilusionarlo... Sus conatos viriles no pasaban más que de escarceos ¡ay! sin resultado.

Lo habían dejado mal los hombres; los enemigos, a los que él, sin embargo, servía con tanto amor y desinterés.

Una vez vió llegar unos desconocidos, con unos aparatos y unos caños. Los miró trabajar mañana y tarde en el patio, en tanto él pellizcaba la gramilla, por aquí, por allá.

Después vió cómo con una bomba extraían un agua barrosa, colorada...

—La del manantial sí q'es buena—raciocinó.

El agua se fué aclarando, y terminó por brotar azulina, transparente, limpia.

Vino la familia, los chiquilines, los peones... Y salía, salía el agua, como de un arroyito milagroso.

¡Comprendió!

¡El ya no serviría para nada!

Anduvo dando vueltas, con la cabeza gacha, esperando...

¡No lo ataban más al barril!

Aun aguardó otros días.

Era evidente el fin del oficio de arrastrador del barril de agua.

Entonces llegó a esta esperanzada conclusión:

—¡Ahora van a dejar venir a los chiquilines a jugar conmigo!

A "judearmé", pensaba cariñosamente.

En cambio no venían.

Un día había que hacer una comisión de urgencia.

El peoncito preguntó:

—¿Agarro el aguatero?

Paró las orejas. ¡El aguatero era él, pues!

—¡Sirvo!, se enorgulleció.

Sus pretensiones estaban colmadas. Se le dilató en el alma la alegría. Como esas burbujas de aire que forma la lluvia al caer, creció, creció...

La voz del patrón lo volvió groseramente a la realidad:

—¡El aguatero! ¡P'agarrar eso, mejor es dir a pie!

—¡He ahí los hombres!

—¡Dir a pie! mascullaba: ¡dir a pie!...—mientras por la primera vez en su vida se alejaba conscientemente de las casas.

—¡Dir a pie! ¡Ingratos los hombres! ¡Los había servido toda su existencia! ¡Dir a pie!

Despacio, despacio, llegó al fondo del campo, comenzó a recorrer el alambrado, encontró una portera abierta y, muy triste, con sus grandes ojos, que se dijeran asombrados, salió al callejón.

¡Ahora era libre! ¡Se iría! ¡De todos modos... era un inútil!

Anduvo, anduvo... ¿Adónde iba?... ¡Adonde iba a ir!...

Marchaba, se detenía, reanudaba el camino. Luego se paró indeciso. Miró para atrás. ¡Cómo se había ido lejos!

Desandó la jornada. Dió con la portera aún abierta y volvió a entrar en el campo.

Le dolían las patas viejas, veían apenas los ojos cegatones. Parecíale tener fiebre.

—Antes de llegar al arroyo, a la izquierda, están

los bañados, pensó.—Allá debe estar fresco... y se fué lentamente, cansado como estaba.

Cuando llegó a la orilla de los esteros se detuvo.

No se diría que hubiese un peligro bajo el suavísimo terciopelo del musgo, bajo los pastos de delicados y frescos verdes, tiernos por la continua humedad.

—Dicen que hay unos tembladerales feos...

—¡Bah, no sirvo pa nada!...

Fué entrando, entrando... Estaba fresco el barro pegajoso; la paja y los juncos le hacían cosquillas en la panza:..

Entró, entró...

Sintió que no podía avanzar. Después, que se hundía suavemente. Del fondo putrefacto lo absorbían, lo tiraban, lo devoraban!

No se le ocurrió que quizá aún se pudiera salvar.

¡No servía!

El barro húmedo, viscoso, le helaba el pecho, las ancas, el pescuezo.

Levantó la cabeza con los grandes ojos serenos y tristes, respiró con dificultad. Luego, sintió como una dulce presión en el lomo...

—¡Qué?

—¡Sí! los trés chiquilines bandidos, entre risas sofocadas, lo doblaban con su peso incómodo y grato.

. . . . . .

—Déjelos que se diviertan, patrón... A mí no me hacen nada...

MONTIEL BALLESTEROS.

EDUCACION

Enseñanza Primaria y Secundaria

I

No voy a tratar finalidades. Sólo deseo ocuparme de la transición entre uno y otro de los períodos de vida estudiantil que en el tema se señalan.

Al acercarse junio, los padres que tienen un hijo en edad adecuada para resolver algo respecto a su porvenir, si quieren asegurarle, además del bienestar material, las consideraciones sociales que conquistan un título, buscan con cuidado, una persona capaz de *prepararlo* para el "examen de ingreso a la Universidad".

¿Qué significan esa preparación y ese examen?

El programa de ingreso es copia del de los cinco primeros cursos de la Escuela Primaria. Si esos cursos no engañan, el alumno egresado del 5.° debe pasar sin ninguna dificultad a Secundaria; y, por otra parte, si en esta institución, el programa de 1.er Año está concebido lógicamente como una progresión del que se exige para ingresar en ella, el aspirante admitido no debe sentir dificultad para cursarlo en circunstancias normales.

Sin embargo, está muy lejos de ser así. El alumno de 5.° año de escuela pública y aún el de 6.°, necesitan preparación para demostrar conocimientos de 5.°; y a pesar de esa preparación, a pesar del acto ce-

remonioroso que selecciona, al terminar el 1.er Año de Secundaaria, es bastante elevado el porcentaje de los que no pasan a 2.°.

Generralmente empieza en julio la odisea del aspirante. AA la pesadilla de las lecciones y deberes para la escuela, se le agrega desde entonces, la de las lecciones y deberes para la clase particular, bastando muchas veces los primeros, si se atendieran por entero, para "secar el celebro", llenando "los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro".

La vícda se defiende, no hay duda. Como la ciencia libresca, para niños, no tiene el encanto de episodios novelescos ni de cuentos de hadas, los chicos no pierden el sentido por poseerla; pero las reprimendas de los padres y del maestro, amargan las horas que no se destinan al cumplimiento de la tarea impuesta.

El recreo ya no satisface la necesidad de expansión que tiene el niño, porque es escaso y porque la visión del fantasma que se aproxima con el mes de octubre, turba sus alegrías.

Todo esto significa que hay mucho que modificar en el plan general de métodos y sistemas.

Fundada en el criterio que debería regir, se ha dictado últimamente una resolución que autoriza para expedir pases de ingreso a los Liceos, a los alumnos de la escuela pública que hayan cursado 6.° Año.

Si esos alumnos son admitidos sin examen, en adelante no se ofrecerá el caso anómalo de que tenga que prepararse para rendirlo con programa de 5.°, el alumno de 6.°; pero las causas de fondo no desaparecen por simple efecto de una medida de Reglamento.

Sigamos al aspirante.

Llega octubre. Da el examen o lo deja para febrero, dispuesto a sufrir mientras estudia, las pesadas mortificaciones del verano.

¡Qué resultado obtiene?

En la dificultad de conseguir datos completos, expondré los que pertenecen a una sola de las ocho Mesas que en el mes de febrero del corriente año, funcionaron en el local de Enseñanza Secundaria y Preparatoria:

Número de aspirantes		64
No presentados	6	
Eliminados	15	
Reprobados	21	
Total de no ingresados		42
Ingresos		22

Esto expresa que lo que debería ser, como son en el orden natural, todas las transiciones que corresponden al fin de un período y al principio de otro: un paso o una serie de pasos, más o menos firmes, pero siempre encaminados hacia adelante, es un difícil salto de acróbata, pues que, si los números expuestos no son excepcionales, como es de suponer, caen lisiados más de la mitad de los que intentan darlo.

A pesar del entusiasmo que nos inspira el niño, probado en los Congresos de su nombre y en otras manifestaciones permanentes o temporarias (instituciones, artículos, libros y revistas), estamos habituados a mirar sin emoción, el derrumbe anual de esa masa juvenil y aún la satirizamos con las figuras del *bombo*, del *tacho* y del *bochado*.

La víctima llora o se encoge de hombros, con enigmática sonrisa.

¡Cuántas cosas aprenderíamos si pudiéramos penetrar donde está el impulso que hace brotar las lágrimas o mueve el gesto altivo!

El pobre *bochado* recibe consuelo o censuras; a veces las dos cosas alternativamente. De todas las sen-

tencias que escucha para su resignación, una sola es verdadera: "Otros golpes sufrirás más duros que éste."

Así, la filosofía del vivir, en su faz escéptica, es el único lenitivo eficaz impuesto a la pena en la medida que se comprende, salvo que un arrebato de cariño brinde halagos de los que suelen reservarse para premios.

Sea como quiera, el dolor de ese golpe ha de dejar profunda huella.

Pasada la rudeza de la impresión, los padres piensan y resuelven si conviene al niño insistir o desertar.

En el primer caso, desde marzo a octubre, todo sigue su curso ordinario.

No nos ocupemos del segundo examen. Con el primero basta para hacer más comentario del que puede caber en estas páginas.

Dejemos al estudiante consecuente, que tenga éxito en la segunda prueba, e intentemos seguir al que cambia de rumbo porque sus padres sospechan que lo equivocaron y no quieren exponerse a desandar un camino más largo.

¿Adónde va ese niño?

Sabemos que busca una ocupación cualquiera; que se emplea en un comercio, en un taller, o que espera la edad de incorporarse a una oficina pública; pero no sabemos cuál es el resultado, para la vida del comercio, de la industria o de la función administrativa, de los años de escuela primaria que tan pobre éxito tuvieron; de las agitaciones de aquella preparación y de la experiencia del examen.

El criterio común se conforma fácilmente, diciendo: "Aunque se olviden algunas ideas, otras quedan y esas sirven siempre."

Sirven las verdaderas. De las falsas, que han de ser muchas, y de las que, al esfumarse, enturbian los claros conceptos, ¿quién conoce las consecuencias? De

la decepción sufrida, ¿hay quién pueda medir el efecto?

Sería de desear que el Tercer Congreso Americano del Niño, estudiara las cuestiones que plantea este artículo. Hay motivo para suscitarlas dondequiera que exista división en la enseñanza.

Dos son las causas primordiales de los defectos señalados, y esas causas son generales en el mundo civilizado: falta de unidad en el resorte administrativo, que marca orientaciones y precipitación con que la escuela pública persigue la amplitud de sus ideales.

ENRIQUETA COMPTE Y RIQUÉ.

GLOSAS DEL MES

Un plagio más

La revista montevideana "Proteo", número 4, marzo 1922, publica en la página 15 y con notas ditirámbicas de la dirección, una titulada "Conferencia sobre la personalidad literaria de José Enrique Rodó, pronunciada en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Columbia, el 15 de mayo de 1921, por el joven compatriota Carlos Deambrosis Martins."

La citada "conferencia" está publicada como "homenaje a Rodó", en el número extraordinario de la revista "Ariel", — también de Montevideo, febrero-mayo de 1920,—bajo la firma del doctor Hugo Antuña (págs. 90-107), y fué pronunciada por el doctor Antuña en el Círculo Católico, en 1920.

Por si esta afirmación no bastara, vamos a cotejar los trabajos:

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

POR

CARLOS DEAMBROSIS MARTINS

Abarcar, en el espacio de una conferencia, la universal personalidad de Rodó, es tarea imposible. Fueron tantos y tan diversos los rasgos del pensador, que se requerirían muy largas disertaciones para reflejar, en la palabra fugaz, la amplitud y la multiplicidad de contornos de esa insigne figura intelectual.

Por escasamente difundida que esté, hoy por hoy, la obra de Rodó, en lo que tiene de mejor y más hondo, si por difusión se entiende la lectura atenta de sus libros, es indudable, por lo demás, que los principales aspectos de su talento, de su espíritu, han trascendido en general de tal manera, que quien hoy se limite a señalar frases de la obra de Rodó, puede abrigar la certeza de que quienes lo lean o le escuchen, perfeccionan o integran en su pensamiento, la obra incompletamente trazada o esbozada, lo que importa una tranquilidad apreciable para el conferenciante o el escritor.

Dicho está, pues, que yo no voy a encerrar, dentro del plan rápido, y que procuraré sea exento de toda aridez, de esta conferencia, etc , etc.

RODÓ

POR EL DR. HUGO ANTUÑA

Abarcar, en el espacio de una conferencia, la universal personalidad de Rodó, es tarea imposible. Fueron tantos y tan diversos los rasgos del pensador que acaba de morir, que se requerirían muy largas disertaciones para reflejar, en la palabra fugaz, la amplitud y la multiplicidad de contornos de esa insigne figura intelectual.

Por escasamente difundida que esté, hoy por hoy, la obra de Rodó, en lo que tiene de mejor y más hondo—si por difusión se entiende la lectura atenta de sus libros—es indudable, por lo demás, que los principales aspectos de su talento y de su espíritu han trascendido en general, de tal manera, que quien hoy se limite a señalar frases determinadas de la obra de Rodó, puede abrigar la certeza de que quienes lo lean o le escuchen, perfeccionan o integran, en su pensamiento, la obra incompletamente trazada o esbozada, lo que importa una tranquilidad apreciable para el conferenciante o el escritor.

Dicho está, pues, que yo no voy a encerrar, dentro del plan rápido,—y que procuraré exento de toda aridez,—de esta conferencia, etc., etc.

Et cit de coeteris.

Y así copia textualmente, palabra por palabra, signo por signo, desde el principio hasta el fin, y con alguna ligera variante introducida al acaso, todo el estudio del doctor Antuña, quien tiene a estas horas, la fortuna no despreciable, de encontrar, a un año de distancia, quien le ponga de cuerpo presente ante un público extranjero y con "el mayor sigilo".

Es indudable que hay mucha gente deshonesta en el mundo, y sobre todo en la "fauna" literaria; pero es necesario, también, precaverse enérgicamente de los simuladores y de los desvergonzados.

Como en el caso aquel de que habla Icaza en su "Examen de críticos", esta conferencia del señor Martins, aunque la haya dicho él, tiene padre, y no

debe ni puede tolerarse que nadie robe a mansalva y con tal descaro, los hijos ajenos.

Es cierto que nadie conoce aquí ni en ninguna parte al señor Deambrosis Martins, a quien la Dirección de "Proteo" llama "corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires", y califica de "virtuoso y estudioso compatriota"; pero no deja de ser irritante el suceso, por el hecho oscuro de que su autor sea un ilustre anónimo, cuya sombra se escurre por los muros a la hora del crepúsculo, con el vuelo fugitivo y torpe de los murciélagos.

Por otro lado, el doctor Antuña, su verdadero autor, merece alta consideración intelectual, y exige que por ella y por nuestro propio decoro, expongamos a la picota pública a este distinguido ciudadano, digno de colgársele de un farol en mitad de la plaza.

No de otro modo se castiga a los hombres que en uso de razón y conciencia llegan al latrocinio por vanidad, más vana que la de un pavo real, y engañan a la gente de bien, que como la revista "Proteo" y la Universidad de Columbia, hacen labor de cultura con afán y desinterés.

TELMO MANACORDA.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Alma.—Poesías por M. C. Izcúa Barbat de Muñoz Ximénez.—Montevideo.—1922.

Hay en este libro, con el cual la señora de Muñoz Ximénez entrega a la publicidad y al juicio de la crítica una labor largo tiempo silenciosa o apenas revelada, valores líricos suficientes como para proclamar sin titubeos ni reticencias, que estamos en realidad frente a una nueva poetisa a quien pronto veremos alternar sin desmedro en el selecto grupo de mujeres que tan alto relieve están dando a la literatura nacional.

Revélase, desde luego, la señora de Muñoz Ximénez, como poseedora de un gran tesoro sentimental que va derramando en versos claros, musicales, y en leyendas de simbolismo ingenuo y dulce.

Multiforme, no sólo en la expresión verbal, en donde frecuentemente se encuentran y entrelazan los viejos sones clásicos con los rubendarianos y hasta con los de los novísimos líricos, sino en su cordaje sensitivo, capaz de ser impresionado por los motivos más diversos, "Alma" transparenta, a la par, una evidente vocación y un espíritu inquieto, no orientado definitivamente todavía, pero que ha seguido palmo a palmo el movimiento poético contemporáneo.

En resumen: intensa y poliédrica sensibilidad, facilidad no desprovista de elocuencia para expresarse, sentido musical, es decir, don poético: tales nos parecen ser las cualidades más notorias y promisoras de este libro.

Cuando la señora de Muñoz Ximénez posea, además, una conciencia estética, desprecie un poco la vulgaridad temática, afine, enobleciéndolos, sus sentimientos y se lance resueltamente a buscar su ruta, adquirirá, sin duda alguna, el valor de una cantidad y no de una unidad, dentro de la lírica americana.—J. M. D.

Poemi dell'anima e del mare.—Julio Raúl Mendilaharsu.—Traducción italiana de Folco Testena.—Montevideo.—1922.

Admirable tarea ha sido la realizada por el señor Folco Testena en esta obra. El poeta de "La Cisterna" y de "Franjas Tricolores" no ha perdido una sola de sus notables cualidades líricas. Su musica-

lidad, su calor emocional, su vehemencia, permanecen intactas; bien se ve que es el mismo hombre de alma intensa y selectas subjetivaciones, a quien sólo le han cambiado de vestido.

Superfluo sería decir esto, por lo demás, habiendo tenido un traductor, artista y poeta a su vez, cuya compenetración con el alma ajena llega a veces a lo inverosímil, de tal modo son exactas y justas sus versiones, no sólo en materia de ritmo y en los aspectos externos, sino en su esencia anímica.

Es posible que el espíritu eminentemente latino de Mendílaharsu presente grandes facilidades para ser interpretado en cualquiera de los idiomas derivados de la lengua madre, lo que, naturalmente, no amenguaría el mérito de esta traducción más que en lo que tiene de paciente labor obrera. Repetimos que lo primordial y verdaderamente notable está en la tarea, plenamente alcanzada por el señor Testena, de dar la versión íntegra, la emoción recóndita del poema, sugerida y muy a menudo no expresada por las palabras.

Prologa el libro la señora Clara B. de Testena, haciendo una bella y justa exégesis sobre la obra y la personalidad del poeta traducido. —**J. M. D.**

"La quietud de la fronda".—Poemas de Pedro V. Blake.—La Plata.—1921.

Un defecto capital tiene este libro de poesías. Es demasiado "literario"; vale decir, la emoción, el alma, el paisaje, la pura y única poesía, desaparece entre los ropajes más o menos melódicos con que el autor ha querido envolver sus sentimientos.

No en tanto, imaginamos que se trata de un espíritu joven y de un libro primigenio: es decir, los días depurarán y desnudarán sus rimas con la piedad tenue y fría del tiempo, que descarna el corazón y sólo hace positivos y eternos los sentimientos nobles, más duraderos y más bellos que los nobles metales.—**T. M.**

Horas.—Por Mario Briceño-Iragorry.—Caracas.—1921.

Prosas que tratan del Quijote, de Epitecto, de Amado Nervo, de Maeterlinck, de Rod,—palabras de filosofía y de elogio,—páginas de entusiasmo y de resignación que expresan diversas horas de la vida,—he ahí este bello librito que de tierra lejana nos llega en hora de enredada tarea y de inquieto pasar.

El autor tiene justo dominio del idioma, y en su estilo brillan con frecuencia lindos giros y hermosos símiles. Hay "horas" que son de pura belleza redimida a la tierra por la gentilidad de su alma...

Cristiano, idealista, apasionado del bien y de lo bello, amante de la serenidad y de la humildad abiertas como flores silvestres ante el huir eterno de los cielos, he aquí a un poeta-filósofo que merece nuestro reconocimiento por las bellas "horas" de paz que su lectura nos dió... — **T. M.**